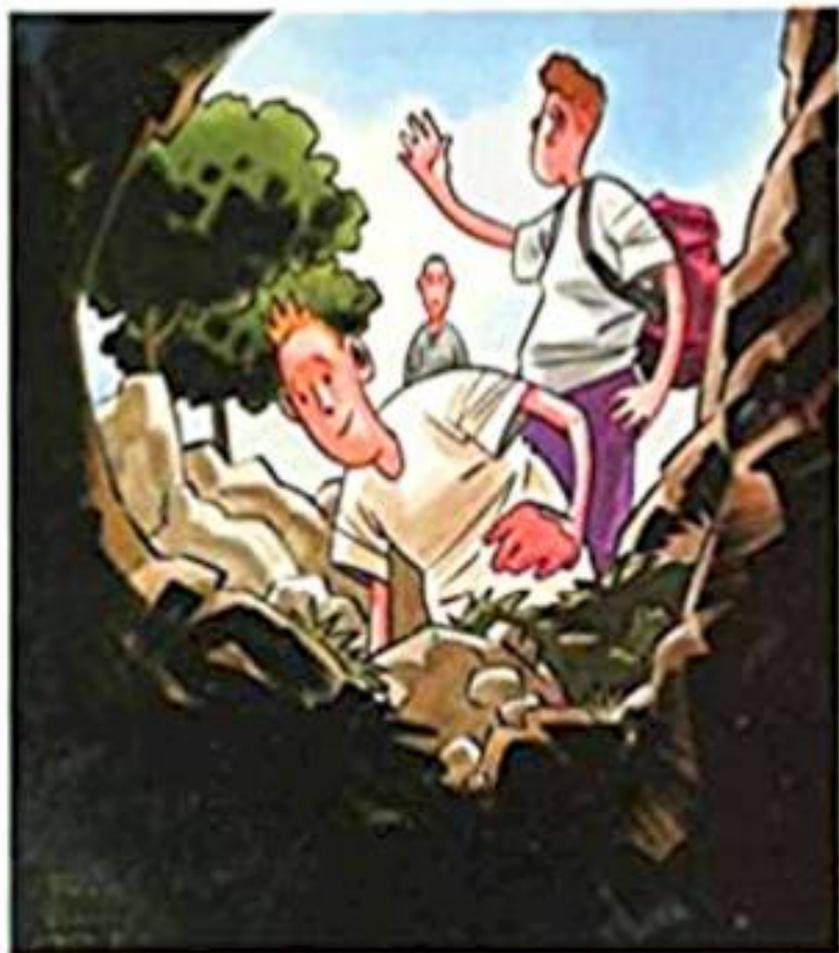


ala delta

Tomás CALLEJA

**SOBRESALTOS
EN LAS CAVERNAS**



Un maestro aficionado a la espeleología comparte su pasión con los alumnos. Juntos harán excursiones por la región en busca de cuevas inexploradas. Desvelarán sus misterios, encontrarán importantes restos arqueológicos y buscarán tesoros.

Tomás Calleja ha repartido su actividad entre la enseñanza y la creación literaria. Las vivencias que narra en este libro son, en buena parte, las suyas y constituyen la continuación de las contadas en *Aventuras en cuevas*.

Índice de contenido

Cubierta

Sobresaltos en las cavernas

Valdecasares

El misterio de la calavera

La boca cerrada

En busca de los toros pintados

La otra galería

Las cuevas de Gace

El terrorífico monstruo de la caverna

Una extraña vibración

La torca

Luz en el misterio

La cueva del Diamante

El rescate

Hasta aquí llegarás, pero no pasarás

La guarida de los ladrones

Oro

El estampido

Epílogo

Notas

Valdecasares

VALDECASARES, el pueblo al que fui destinado como maestro, era una aldea de poco más de cuatrocientos habitantes. Su paisaje era gris, azul y verde. Gris, en sus casquijos y berrocales; azul ultramar, en los densos pinares que cerraban por el mediodía su corto y elevado horizonte; y verde, en sus fresnedas, robledales y prados.

Sus gentes eran nobles y respetuosas, pero en su trato se mostraban más bien frías, como si la sierra les hubiera dado al nacer este rasgo suyo, para que no pudiesen negar su cuna.

La escuela estaba recién construida y tenía una pared de grandes ventanales por donde entraba a sus anchas el sol.

En Valdecasares no había cuevas ni podía haberlas por la naturaleza granítica de su suelo. Esto me alegró en principio, porque después del percance de Pipe –un alumno mío que estuvo dos días perdido en una cueva– hubo una temporada que no quería que me las mentasen siquiera.

A principios de octubre llegó Chuchi, un muchacho de Castroalto que había tomado parte muy activa conmigo y otros chavales de su edad en muy sabrosas aventuras^[1].

Los chicos de Valdecasares lo acogieron cariñosamente y no tardó en hacerse amigo de todos.

Los primeros días de clase se me pasaron ideando qué actividades extraescolares podríamos realizar en aquel pueblo, además de los deportes y juegos que pen-

saba enseñarles, para que los muchachos se encontraran contentos conmigo y tuvieran una tarea común que, a la vez que les permitiese aprender nuevas cosas, les proporcionara esas emociones continuadas, sanas y multiformes que tanto os gustan a los chicos.

Como estábamos en terreno de sierra, y era fácil encontrar diversos minerales, así como animales y plantas curiosos, me pareció que lo más indicado era que hiciesen colecciones de mineralogía, zoología y botánica de la localidad, y preparasen con ellas un pequeño museo escolar.

Para ello, algunas tardes subíamos juntos a los picachos más cercanos al pueblo, trepábamos por sus riscos, recorríamos las barrancas y canchales, examinábamos y tomábamos muestras de los filones, y anotábamos, con cada ejemplar interesante, el lugar de su hallazgo.

Ya en la escuela, se hacía una selección de las muestras recogidas, se tiraban las defectuosas, y los chicos etiquetaban debidamente las que irían a parar a las repisas que ellos mismos construían en el tallercito escolar.

Eso mismo se hacía con las plantas que podían recolectarse en esa época del año para, poco a poco, ir preparando un herbario de la flora del pueblo.

En cuanto a los animales, había que ver con qué soltura, con qué gracia y con qué valor los cazaban los chicos de Valdecazares. Les enseñé taxidermia, y no tardaron en alinearlos en diversas estanterías, correctamente disecados.

Para que pudieran jugar al fútbol –deporte que por entonces era casi desconocido en aquel pueblecito–, les llevé de la capital un soberbio balón de reglamento y se formaron varios equipos, tanto de chicos como de mozos, que siempre que había tiempo, pero especialmente los días de fiesta, zurraban a la pelota que era un primor.

De esta forma, la vida en Valdecazares, lejos de resultarles monótona, se les hacía muy agradable, y los chicos

se levantaban cada mañana con la ilusión de aprender lo más posible, terminar algún trabajo placentero, descubrir alguna cosa nueva y regatear al mismísimo Kubala, que entonces se hallaba en la cúspide de su gloria.

Todo esto, claro es, aparte de las tareas que estaban acostumbrados a hacer desde siempre, como era llevar las vacas a los prados y recogerlas nuevamente, soltar y cerrar las cabras, hacer recados, picar berzas para el ganado y partir leña menuda para que sus madres encendieran la lumbre.

Durante el invierno, por las noches, tenía clases de adultos. A ellas asistían los chavales que habían salido ya de la escuela, y mozos de todas las edades.

Algunos de estos mozos trabajaban a temporadas fuera del pueblo, junto con sus padres, en distintos oficios o menesteres, ya que, tanto unos como otros, eran de los más mañosos y cultos de los pueblecitos del contorno.

Como no podía menos de suceder, tanto en la clase diurna como en la nocturna surgió inevitable el tema de las cuevas y tuve que contarles cosas sobre ellas, callando, sin embargo, mi gran afición y nuestras anteriores aventuras. Pero unos y otros quedaron intrigados con la cuestión. Preguntaron a Chuchi que si las había visto y, claro es, él les contó cuanto quiso sobre las cavernas de su pueblo y los alrededores, sobre nuestros pequeños hallazgos y sobre nuestras emociones.

Como os podéis suponer, sus apasionados relatos entusiasmaron a los muchachos de Valdecasares hasta el punto de que, anhelando tomar parte en este tipo de exploraciones, me propusieron que los llevara de excursión a algún lugar en que hubiera cuevas, aprovechando un día que no fuera lectivo.

Sin decirles que no –porque la idea tiraba de mí como de la cabra el monte–, les respondí con evasivas, alegando pretextos más o menos fútiles: que las cuevas más próximas estaban, según me habían dicho, a más de diez ki-

lómetros y no teníamos ningún medio de desplazarnos hasta allí; que por entonces yo no podía perder ni un solo día aunque fuera festivo, etcétera, etcétera.

Pero he aquí que Dios –que todo lo dispone– o el diablo –que lo enreda– hicieron que, a principios de mayo, Colás (uno de los mozalbetes que habían asistido a la escuela de adultos, y que posteriormente se había ajustado de pastor en Roqueda –pueblecito que se asentaba más en el llano, precisamente donde empezaban los estratos de calizas cretácicas–) fue a dar una vuelta a Valdecasares. Claro es que esto no tenía nada de particular; pero sí la noticia que llevaba consigo.

Contó Colás que, dos días antes, su perro, persiguiendo a un conejo, se había metido por la boca de una madriguera y que, cuando esperaba que saliese con el gazapo, quedó horrorizado al ver que lo que traía en los dientes era... la calavera de un hombre.

Esta noticia dio lugar a toda clase de suposiciones y comentarios entre las gentes, tanto de Roqueda como de otros pueblos del contorno, incluido Valdecasares. Los más pensaban que por allí se había cometido algún crimen y que el asesino había escondido a su víctima en aquel agujero. Pero lo cierto era que ni en Roqueda ni en ninguno de los pueblos colindantes había faltado nadie, ni se tenía memoria de que alguien hubiese desaparecido en otros tiempos. Sin embargo, la prueba estaba allí, en la calavera que había sacado el perro de Colás del covacho del monte. ¿Qué misterio se escondía tras ella?

La verdad es que todos estábamos intrigados, y el párroco y yo fuimos a hablar con el pastor para conocer toda clase de detalles.

Según él, la cueva estaba junto al camino que bajaba de la lastra hasta el río, casi a mitad de la ladera, y tenía una boca tan estrecha que apenas si cabía por ella el perro con el cráneo que había sacado entre los dientes.

Colás nos indicó el medio de llegar hasta allí. Según él, no tenía pierde. Teníamos que ir carretera abajo hasta enfrente de la tercera vaguada, y seguir el camino que ascendía por ella hasta encontrar la cueva. Añadió que él hubiera ido de buena gana con nosotros, pero que debía volver aquel mismo día a Roqueda para hacerse cargo de las ovejas.

Don Gil –que así se llamaba el cura– se ofreció a llevarme en su moto hasta donde pudiera llegar con ella. Chuchi, que iba a ir con nosotros, haría ese mismo recorrido en bicicleta.

Acordado esto, quedamos en ir dos días después, que era sábado, a echar un vistazo al intrigante agujero y ver, de paso, si era posible descifrar aquel misterio.

El misterio de la calavera

EL sábado comimos temprano y un poco a tragantones, pues los tres, pero en especial Chuchi y yo, estábamos deseando vernos cuanto antes en el lugar de tan extraño suceso.

Por si era necesario, Chuchi cogió una azada y yo me eché al bolsillo la linterna y un par de velas, pensando que tal vez pudiéramos necesitarlas.

Recorridos los ocho o nueve kilómetros de carretera, avistamos a la derecha una cañada áspera, salpicada a ambos lados de enebros, que –como había dicho Colás– descendía suavemente desde la lastra del monte. Así pues, era allí. Dejamos los vehículos y pian, pianito, después de cruzar el río, comenzamos a subir por el estrecho y tortuoso sendero que, en muchos tramos, no era otra cosa que el barranco por donde discurrían las aguas en los tiempos de lluvia.

Mirando cuidadosamente a su izquierda, encontramos, aproximadamente a la mitad de la cuesta, un pequeño escalón de roca bajo el cual se abría una grieta negra, limitada a ambos lados por piedras que parecían desprendidas de ella misma, y que dejaban una entrada que, por lo angosta, coincidía con la que Colás nos había descrito.

–Debe de ser aquí –les dije.

Y después que la examinamos sin ver en ella nada que llamara la atención, preguntó don Gil:

–¿Y qué vamos a hacer?

–¿Qué? Pues meternos por ese agujero a ver lo que hay dentro.

–¡Está usted loco! Por ahí no hay quien se meta.

Chuchi, entre tanto, había logrado quitar con la azada alguno de los cantos que obstruían la boca, ensanchándola un poco más, e inmediatamente se tumbó en el suelo oblicuamente, introdujo los pies por aquel orificio y empezó a contorsionar su cuerpo para ir deslizándose hacia el interior.

–Pero..., ¿adónde va ese chico? –decía don Gil alarmado.

–Déjelo. Él sabe lo que hace.

–Pero..., ¿y no te da miedo?

–Miedo, ¿de qué?

Ya había pasado el muchacho todo su cuerpo, y sólo le quedaban a la luz del día la cabeza y los brazos. Atornillándose materialmente en el estrecho hueco, logró al fin que pasaran también.

Una vez dentro exclamó:

–Aquí se puede estar bien. Es una verdadera cueva. Muy baja, pero...

Luego, y tras examinar por dentro el sitio por donde había entrado, nos dijo:

–Denme la azada. Voy a ver si quito unas piedras y pueden pasar.

Le alcanzamos la herramienta y no tardó ni cinco minutos en arrancarlas, con lo que el agujero se agrandó lo suficiente para que pudiéramos pasar nosotros, del mismo modo que lo había hecho el chico.

Invité a don Gil a que lo hiciera primero, pero me contestó declinando la invitación:

–Usted, usted.

Así que metí los pies por aquel boquete y, al sesgo, me dirigí hacia dentro y hacia abajo, planchándome entre el techo y el suelo.

El señor cura dijo que él así no entraba, y por más que lo animé a que me siguiera no quiso decidirse.

Cuando estuve al lado de Chuchi, encendí la linterna y una vela, y gracias a ellas pudimos ver que estábamos efectivamente en una gruta, aunque tan baja de techo que necesariamente tendríamos que andar a gatas.

Comenzamos a recorrerla así y, unos metros después, llamó nuestra atención algo que, de no estar prevenido, me hubiera llenado de pavor: tanto Chuchi como yo avanzábamos casi a rastras por una tierra negra, sembrada de... esqueletos.

—Pero ¿qué es esto? —me preguntó el muchacho un poco medroso.

—No te asustes, y sigue adelante. Ya te lo diré.

El techo, que era rugoso, aparecía ligeramente inclinado hacia la derecha, y las aguas milenarias lo habían festoneado caprichosamente con formaciones estalactíticas. De frente, en el suelo, piedra y huesos, huesos y piedra, todo revuelto y unido, formando un solo cuerpo con la roca; calaveras, fémures, tibias, costillas, coxales, húmeros, vértebras...

En vano quisimos coger uno de los huesos para examinarlo a la luz del día. La roca, convertida en una brecha osífera, lo tenía todo englobado e impregnado de cal.

Retrocedimos hacia la salida para dar a don Gil la noticia.

El primero en llegar fue Chuchi.

—¡Eh!, don Gil, ¿no quiere entrar? Verá lo que hemos encontrado. ¡Es imponente!

Diciendo esto, se retiró del agujero, dejándome a mí asomar la cabeza.

—Entre, padre, y verá una cosa que la mayoría de la gente no ha visto ni verá nunca.

—¿De qué se trata?

—De un cementerio de la Edad del Bronce.

–Si es un cementerio, gracias, pero prefiero no entrar. No me gusta turbar la paz de los muertos.

–Entonces, ¿qué?, ¿no se decide?

–Resueltamente, no. Si al menos pudiera hacerlo con comodidad...

–Está bien, usted se lo pierde.

–Me lo cuentan luego y me hago la ilusión de que lo he visto.

Metí nuevamente la cabeza en la gruta y continuamos la exploración, yendo ahora por el lado izquierdo. Por esta parte los huesos se hallaban por encima del limo o semienterrados en él, y se podían coger fácilmente, como había hecho el perro que, sin duda, fue de este lugar de donde cogió la calavera.



Continuamos después hacia el interior. Llegamos a un punto en el que la roca del techo descendía tanto que ya no era posible ir a gatas y tuvimos que tumbarnos para avanzar completamente a rastras. También allí había huesos humanos, y como el roce con ellos se hacía molestísimo, nos vimos obligados a retroceder.

Torciendo a mano derecha, la tierra descendía en talud casi a la vez que se elevaba el techo, de tal modo que, cuando bajamos a aquella hondonada, pudimos ponernos cómodamente en pie, y aún faltaba bastante para que nos golpeáramos la cabeza.

De pronto, Chuchi exclamó lleno de asombro:

–¡Mire!, ¡mire!

Casi al mismo tiempo que a él se le apagaba la vela, enfoqué la linterna hacia el punto que señalaba con la mano y ¡oh sorpresa!: allí había una serie de vasijas de ofrendas a los muertos, intactas, sin que nadie las hubiese movido desde que las colocaron en aquel lugar hacía... unos cuatro mil años.

Casi nada más verlas noté en mí una cosa rara, que al principio quise atribuir a la emoción. Respiraba con dificultad. Una idea pasó por mi mente como un relámpago.

–¡Chuchi, enciende la vela!

Rascó una cerilla, pero no ardió.

–¡Pronto! ¡Vamos fuera! –le ordené, al tiempo que le empujaba hacia el talud–. Hay anhídrido carbónico en este pozo.

Agarrándonos a los huesos que sobresalían de la tierra, en un santiamén salvamos el declive y nos encontramos en la explanada, continuando a gatas, presurosamente, hasta asomar las narices a la boca para respirar a pleno pulmón.

Cuando salimos, tanto nuestras ropas como nuestras cabezas y manos estaban tan llenas de barro que don Gil, al vernos, pensó si no seríamos difuntos redivivos, desenterrados de aquel cementerio.

Repuesto de la primera impresión, nos dijo:

–Cuenten, cuenten, que, a juzgar por lo que estoy viendo, la cosa debe de ser aún más interesante de lo que yo me imaginaba.

Como estábamos sudando, nos pusimos las chaquetas –que habíamos dejado fuera–, nos sacudimos y com-